

LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 303.—15 de Octubre de 1882.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

REORGANIZACION

DEL CUERPO DE ESTABLECIMIENTOS PENALES.

II.

En la primera parte de este artículo y en los que escribimos el año anterior sobre reforma del ramo de presidios, hemos probado, á nuestro parecer, que la intentada adolece de gravísimos defectos, manifestando nuestro convencimiento de que el resultado no corresponderá á las esperanzas que al parecer abrigan los reformadores. Nuestras críticas se limitaban al personal que sirve en las prisiones, por ser el único que se reorganiza; pero hoy debemos hacer notar un vacío y una inconsecuencia que por sí solos bastarian para invalidar ó mermar grandemente los beneficios de la reforma mejor pensada. Este defecto radical consiste, en que se quiere cambiar y mejorar la organizacion de los de abajo, dejando la de los de arriba como está; que se piden varias garantías para ser simple vigilante de una penitenciaría, y ninguna para ser jefe de negociado ó director; que en el cuerpo Penitenciario los piés y los brazos han de poseer dotes de que carecerá la cabeza, y en fin, que los dirigidos han de saber y valer más que los directores. ¿Qué se diria de un regimiento de ingenieros ó de artillería, en que se exigiera ciencia á los sargen-

tos y oficiales y estuviese mandado por jefes que no tenían ninguna? Pues esto puede decirse y aun más de la organización del cuerpo Penitenciario, que pide lo que se consigna en los programas de oposiciones para plazas de más de 2.500 pesetas, y nada exige para ocupar las de la Dirección. Y no se diga que la opinión pública y la fuerza de las cosas impedirán que un ignorante ocupe un puesto principal en el Centro Directivo, porque ya sabemos que aquí la opinión pública no es dique para ningún desbordamiento injusto, aun en asuntos más á su alcance y más de su agrado que el de prisiones, y la fuerza de las cosas, por la del hábito y otras, lleva entre nosotros más bien á infringir la ley cuando es buena, que á neutralizar sus perniciosos efectos cuando es mala. Así, pues, si legalmente no se condiciona la entrada en la Dirección de Establecimientos penales, entrará cualquiera.

¿Y la política? Bastaría que se le dejara la plaza de Subsecretario; bastaría que él y el Ministro fuesen legos como lo son tantas veces en los asuntos sobre que tienen que resolver; bastaría que ellos solos imprimiesen á la máquina administrativa movimientos bruscos y desordenados á impulso unas veces de aspiraciones nobles y otras de pueriles ó interesados propósitos: esto era suficiente y era demasiado, pero que al menos encontraran en los Directores personas entendidas en el ramo que dirigian y que representasen la ciencia y el aplomo que dá, para neutralizar los desmanes atrevidos de la ignorancia, y con la estabilidad tuviesen la independencia de que hoy carecen, estando, como están, á merced del Ministro, que lo mismo que los nombra los puede quitar sin justicia. Los hombres prácticos calificarán, burlándose, de candidez cuando menos, lo propuesto; no proponemos, decimos lo que es razonable, y cuando razon tan clara mueve á desden ó risa, mucho se llorará en el país donde tal acontece.

Pero ya que de hecho no fuera posible sustraer á la voracidad política las plazas de Directores; ya que pueda serlo de Ingenieros militares el que empezó por soldado, y de obras públicas el que no sabe de construcción, y á veces ni de otra cosa, ¿no sería posible de Director abajo, organizar la Dirección de Establecimientos penales?

Ninguna razon, absolutamente ninguna, puede alegarse para no hacer con los empleados del Centro directivo lo que se hace con los de las Penitenciarías, pidiéndoles probidad y ciencia á medida que se les dan sueldos, categoría y posicion para hacer mucho mal ó mucho bien, conforme sepan y quieran ó no cumplir como deben.

Debian, pues, entrar todos por oposicion (1) al plantearse la reforma; despues, las plazas que vacaran en la Direccion, se irian dando al concurso, á la antigüedad y á la oposicion, con lo cual se conciliaba premiar servicios, llevar allí la experiencia de la práctica, al mismo tiempo que los progresos de la ciencia y el espíritu innovador. Si esto no se hace, poco se ha hecho, porque estando tan mal la cabeza no pueden funcionar bien los miembros. El Ministro que bajo su firma ha dicho cosas tan exactas y tan duras del ramo de presidios, en él comprendió la Direccion puesto que no la ha exceptuado. Y si está comprendida en la censura, ¿cómo no lo ha sido en la reforma? ¿Cree por ventura que no ha tenido parte alguna en los inveterados abusos que reprueba? ¿Cree que dejándola como está no seria un obstáculo insuperable para las reformas? Si tal cree, nos parece que será el único que opine así de cuantos saben del asunto, y no tienen algun motivo especial que los aparte de la verdad.

Decimos que, una vez reformada la Direccion de Establecimientos penales, como lo será el ramo, é ingresando en ella los funcionarios por oposicion, mediante á ella deberian proveerse una parte de las vacantes, dándose otras á la antigüedad y al concurso, es decir, á los servicios prestados. Esto, que es de suma importancia, siempre la tiene aún mayor en este caso, porque los empleos de presidios se han mi-

(1) Sabemos que es un medio muy imperfecto de apreciar el mérito de la oposicion; y si no lo supiéramos, lo habríamos aprendido en la única que hemos visto de cerca no há mucho tiempo; pero tal como es este medio, no es el menos malo que puede emplearse para decidir de la aptitud de los que aspiren á formar parte del cuerpo de Establecimientos penales, dados los hombres como son y las cosas como están. No deberia hacerse oposicion sin taquígrafos, porque si los Jueces supieran lo que han dicho los opositores y consultaran cuando no saben (se dan casos) y que habia de saberse lo que fueron los ejercicios, no podrían hacerse muchas propuestas que se hacen.

rado hasta aquí con aversion despreciativa por la opinion pública, porque son cargos sumamente penosos y difíciles, y porque están poco retribuidos; para que los desempeñasen las personas más aptas, habria que hacer cuanto fuese posible por desviar todo motivo de retraimiento y ofrecer ventajas aunque no fueran inmediatas. La de ocupar un puesto en el Centro directivo, por más que estuviese lejana, seria un estímulo eficaz, no solo por el aumento de sueldo que prometia, sino por el descanso y la mayor consideracion que daba á los que hoy se condena á ser eternamente oficiales de fila. Todo cuanto se haga por aumentar el prestigio del cuerpo penitenciario no será nunca demasiado, porque ningun otro tiene mision más importante, ni tan delicada y penosa. Las personas que le componen, si no son mejores, tienen que ser peores que los demás hombres: no concebimos medio, y si no le hay, que los que pueden y deben, consideren cuánto importa que estén al lado de los delincuentes aquellos espíritus que se purifican en presencia del mal, y no los que se depravan y le aumentan.

CONCEPCION ARENAL.

FUERZAS PARA SUFRIR.

«Esto es superior á mis fuerzas.

»Quiero y no puedo sufrirlo.

»El espíritu está firme, pero la carne flaca.»

Tales suelen ser los gritos y los desahogos de muchos de los que sufren. Así se encubre el egoismo, que se revela contra el dolor, y la debilidad moral que prefiere abandonarse al abatimiento en vez de combatir. Así se expresan á veces el enfermo cuando el mal físico le atormenta, el pobre cuando lucha con las miserias y privaciones, y el desgraciado cuando soporta sus penas sin la ayuda del valor y sin el consuelo de la resignacion.

Es muy cómoda excusa y defensa la de suponer que Dios

no ha medido la extension de la pena que nos envía con la de nuestra resistencia física y moral para sobrellevarla. Esto cerraria ya toda discusion si fuera verdad; pero, ¿lo es realmente? Los que alegan esa falta de fuerzas, ¿han puesto á prueba la importancia de las suyas?

Es un fenómeno notable que el hombre propende siempre á cierta vanagloria jactanciosa, á exhibirse mejor de lo que es realmente y esconder ó atenuar de este modo sus flaquezas y defectos; y sin embargo, como excepcion de esta tendencia, no vacila en ostentarse con la imperfeccion de una debilidad pueril, en vez de alardear de fuerza y de poderosa energía, que es lo que pareceria más propio, dadas sus aficiones de engañosa vanidad. Puede más indudablemente el egoismo absurdo y cobarde, que nos hace ver equivocadamente menor sufrimiento en dejarse abatir que no en luchar valerosamente.

Hoy que todo, lo físico como lo moral, se analiza, se mide y se discute, no se ha analizado sériamente lo que la criatura humana es capaz de resistir cuando el dolor la acosa. El Evangelio nos presenta al paciente Job como modelo de dolores santamente soportados, y á pesar de la aureola excepcional de santidad que rodea á ese ejemplo admirable de sufrimiento, pocos son los que tratan de imitarle, cuando viene la pobreza, el padecimiento físico ó las penas morales, que son á veces las que más torturan el alma. Si decimos aquel sublime «Hágase tu voluntad,» lo hacemos más con los lábios, como fórmula prescrita, que con el corazon como grito de sumision resignada; y esta tibieza es el primer paso para la desesperacion que subleva nuestra alma ó para el decaimiento que la abate.

Muchas veces ha sido la resignacion el tema de nuestras tareas en esta revista, como deber religioso, como consuelo y hasta como propia conveniencia bien entendida. No volveremos hoy á reproducir tales indicaciones; queremos solo consignar que quien alega esa falta de fuerzas como excusa contra la resignacion, ó no dice lo que siente ó siente con error evidente de lo que le conviene en todos conceptos.

El corazon humano encierra una fuerza grande de senti-

miento y de resistencia, que solo se conoce en las grandes crisis de la vida. Tal persona, que de todo se queja y para todo dolor sencillo se considera rendida por debilidad, se transforma á veces en heroína de fortaleza cuando las circunstancias la colocan en situaciones excepcionales y extraordinarias, en que la necesidad se impone como virtud. Los que no son capaces de esta trasformacion en lo extraordinario y de la tranquila serenidad en lo ordinario, entran quizás en las vias peligrosas que conducen al suicidio, el cual es siempre una gran locura, basada en una insigne cobardía.

Nadie, que en algo se estime, deserta con vergonzosa deshonra á la vista del enemigo armado que le ataca y contra quien tiene el deber de defender patria, familia ó su propia existencia. El pundonor, que es una virtud social, hace en tales casos los efectos de una virtud religiosa. Pues bien; las miserias y las penas son enemigos morales, á quienes es preciso combatir, en vez de apelar al pobre recurso de la fuga, que es lo que hace el cobarde suicida cuando está destituido de creencias religiosas.

Por otra parte, el dolor (si nos es lícito darle forma fantástica de enemigo inteligente) lo es implacable: ni se compadece de los ayes de la persona débil á quien oprime, ni suspende sus rigores porque se le presente desde luego como víctima abatida. Al contrario, se ceba más en esas debilidades, cual fiera de poderosas garras que coge á indefenso corderillo.

Hay, pues, que estar siempre preparados para esperar á ese enemigo, como una necesidad inevitable en las condiciones de la naturaleza humana, para recibirle con ánimo sereno y para resistirle, cuando nos ataque, con la fé religiosa, que es el mayor manantial de fuerzas, y con la energía moral, que es la mejor prueba de poseer sentimientos elevados.

Figurémonos un Job de la moderna civilizacion, con salud quebrantada, dolor físico, pobreza, vejez prematura, desengaños y amarguras del corazon, muerte de personas queridas, persecuciones, prision, abandono, desamparo y una sombra de descrédito ó de infamia, merecida ó injusta. ¡Hé aquí el ideal de los dolores! ¿Qué recursos le quedan al que sufre algunos de ellos ó los sufre todos?

¿El cañon de una pistola? Es una insensatez.

¿El abatimiento físico y moral, como para llamar á la muerte por medio de una especie de lento suicidio? Es otra locura y es además una fatal debilidad, que nada alivia y todo lo agrava.

Hay tambien en uno y otro recurso algo de rebelion satánica, como diciendo á Dios: «Ya que me das vida de sufrimientos, yo los eludiré abandonando esa vida.» Hay además el absurdo de que la criatura, que ningun derecho tenía para salir de la nada, pretenda pedir cuentas al Criador sobre el lugar en que la ha puesto y sobre las condiciones de vida de que la ha rodeado, cual si ese Criador debiera someter sus altos designios á las mezquinas é interesadas exigencias nuestras.

Finalmente, como los defectos del hombre, aunque nunca pierden su naturaleza miserable de imperfecciones, pueden á veces tener influencia en las buenas tendencias, sobre todo para lo que á nuestro propio bien se refiera, sucede con el valor y el abatimiento moral lo que con el egoismo y hasta con la vanidad, que entran por mucho en sus ventajas y en sus perjuicios. El dolor bien soportado nos hace sufrir menos: hé aquí el egoismo del valor. El espectáculo de una vergonzosa debilidad inspira pocas simpatías, sucediendo lo contrario con las manifestaciones valerosas, de cualquier clase que sean.

Si pues todo nos aconseja sacar fuerzas de flaqueza, en vez de ceder inermes á la flaqueza del abatimiento, ¡afuera toda cobarde debilidad en las luchas del dolor! Las fuerzas que necesitamos para vencerlo ó contenerlo, las tenemos en la cuantía necesaria para ello: pensar otra cosa, sería ofender impiamente á la sabiduría de Dios. Sólo se necesita saber emplear esas fuerzas con el ánimo valeroso y sereno, que exige el combate inevitable con enemigos materiales ó morales.

Séneca decia: «Dolor, nada puedes ya contra mí; te he vencido.» No hemos de ser menos que aquel filósofo pagano, siendo pensadores cristianos.

ANTONIO GUEROLA.

¡LÁGRIMAS!

Cuando el sol empieza á enviar sus primeros resplandores sobre la tierra, en uno de esos hermosos dias de la bellísima primavera, abandoné la cama, no sé si atraído por el deseo de respirar la fresca brisa matutina, ó por desechar la tristeza que abatía mi corazón, despues de una noche de prolongado insomnio, compañero casi inseparable del que sufre. ¿Hacia dónde pensaba dirigir mis pasos? Lo ignoraba. Crucé algunas calles, y como guiado por los atractivos de la naturaleza, salí al campo, mis ojos se elevaron al cielo y una corta, pero ferviente plegaria, fué mi saludo al divino Creador.

Cuando nuestro corazón ha sufrido grandes amarguras, solo en la oracion encuentra el verdadero lenitivo; es bálsamo que cae sobre la herida, es suave rocío que refresca el cáliz de la flor, es, en fin, el consuelo que podemos buscar sin auxilio de nadie.

Una pequeña ermita se presentó á mi vista; en ella un anciano sacerdote celebraba el Santo Sacrificio de la misa; un grupo de mujeres enlutadas le acompañaban con marcado recogimiento; una era jóven, hermosa; en su semblante se reflejaba el más intenso dolor, y mezclaba á sus fervientes ruegos abundantes lágrimas. ¿Quién era? ¿por qué lloraba? Ambas preguntas hice con el pensamiento; pero cediendo la curiosidad al respeto que inspira el dolor, arrodilléme tambien, y con esa simpatía que causa la desgracia, uní mis oraciones á las suyas, y las ofrecí por una desventura que me era completamente desconocida. Terminóse la misa, y el venerable sacerdote, cambiando de traje, apareció con capa negra, y dijo un responso; entonces todas lloraban, pero bien pronto se comprendía la diferencia de lágrimas; verdad que asistian ó acompañaban al duelo; pero una sola era la verdadera doliente, que no podia confundirse con las demás: estas al poco rato irian á su casa para compartir con su familia las

faenas, tal vez las alegrías de aquel día; la otra... quizás temía volver á su hogar, donde encontraría probablemente una amarga soledad...

Seguí mi interrumpido paseo, y viendo una pequeña huerta con frutales y preciosas flores, decidí entrar para sentarme un rato. Una muchacha, que apenas contaría quince Añiles, tarareaba esas canciones que, no por ser populares, dejan de encerrar encantadora poesía; escuchéla algunos minutos, y para corresponder á su cordial saludo, nada me pareció más propio que estas palabras:—Dios te bendiga, hermosa niña, y conserve siempre tu buen humor.—Que lo mejor, querrá V. decir, me contestó, exhalando un suspiro.—Sea como quieras, hija mia; pero en verdad que al oírte... no parece...—Ya, ya, no sabe, sin duda, que el que canta el mal espanta.—Te confieso que rechazo ese refrán.—Vaya, poco entiende V. de penas; hay veces que aunque una se ahogue tiene que cantar más que un jilguero; las lágrimas son para los señores; los pobres lloramos sin tener quien venga á consolarnos. Llegóme á interesar aquella criatura, y con la franqueza que inspiran nuestros campesinos, le rogué me dijera por qué no tenía más que una alegría aparente; no se hizo de rogar, y empezó su relato con la misma ingenuidad.—Hace algunos meses, dijo, era yo feliz; sí, señor, créalo V., tan feliz como lo puede ser cualquiera; á mis padres, sin ser ricos, no les falta qué comer, y aunque fea, no se lo parecía tanto al vecino Miguelillo, y... en fin, que nos queríamos; pero no hace aún medio año vinieron las malditas quintas, y mi pobre Miguel, que parece ha nacido para la desgracia, cayó soldado, y hace dos meses que se lo llevaron, sin saber por cuánto tiempo. ¿Le parece á V. poca desgracia? Desde entonces todas las mañanas vengo al jardín, cojo unas flores, cantando las coplas que á él le gustaban, y antes de emprender mis quehaceres, voy en una carrera á la ermita, se las pongo á la Virgen, y le rezo con toda mi alma, para que me lo traiga bueno y pronto; pero no quiero engañarle á V.; cómo una es así, no van las flores mojadas solo por el rocío de la mañana... La niña guardó silencio y no contuvo su llanto; yo me acusé por haber avivado aquel pesar, y despues de

dirigirle algunas palabras de consuelo, empecé de nuevo mi caminata exclamando: ¡lágrimas, y siempre lágrimas!

No bien había andado algunos pasos, sorprendiéronme los lamentos que salían de la casa inmediata; era un niño sobre quien sin duda pesaba brutal corrección paterna.

Abstraído seguía en mis reflexiones sobre las amarguras de la vida, cuando ví venir al mismo sacerdote cuya misa había oído al empezar mi paseo; detúveme abstraído sin duda por la virtud que se reflejaba en su semblante, y después de cambiar con él, á su llegada, los saludos de ordenanza, su bondad me animó á contarle mis impresiones de la mañana; su contestación, sus frases llenas de dulzura y de unción evangélica no se borrarán jamás de mi memoria.

—Aunque joven—me dijo—bien comprendo que habeis sufrido ya alguna amargura, tal vez también algún desengaño.... y como nuestra naturaleza se inclina siempre al egoísmo, creéis vuestro dolor mayor que otro alguno; aun en el pesar queremos ser superiores á los demás. ¡Pobre condición humana! No, hijo mío, no; si supiéramos comparar imparcialmente nuestras penas con las de nuestros semejantes, ¡cuántas veces elevaríamos al cielo los ojos en acción de gracias, al vernos notablemente beneficiados, sin poner nada de nuestra parte! Ciertamente no hemos venido aquí para gozar, y todos, sin excepción, aparecemos conformes cuando, al dirijirnos á la Santísima Virgen, la decimos: «á tí llamamos los desterrados en este valle de lágrimas;» pero apenas estas humedecen nuestros ojos, desearíamos convertirlo en precioso valle de alegría, y ya que esto no nos es dable, quisiéramos que el mundo entero viniese á compadecernos, que siempre una mano amiga llegara para enjugarlas; todos hemos de sufrir en esta vida. Se lloran penas que son terribles, y ¡de tantas clases! Pero existe un consuelo, y es que si bien hay muchas lágrimas amargas, las hay también muy dulces!

—¡Dulces!—exclamé sin poderme contener.

—Sí, por cierto—afirmó el buen anciano—¡desgraciado el que no las ha vertido jamás! Si teneis la paciencia de seguirme, no tardaré en demostrároslo con un ejemplo, y si las sentís agolparse á vuestros ojos.... dejadlas correr, es bálsamo

que los ángeles envían desde el cielo para mitigar los acerbos dolores.

Seguí su lento paso, y un cuarto de hora despues entrá- bamos en una casita de modestísimo aspecto. En una pobre pero limpia cama yacia una mujer, en cuyo semblante se reflejaban las huellas de larga y penosa enfermedad: varios niños rodeaban aquel lecho, una jóven de unos quince años sostenia con dulzura su cabeza, aunque sencillamente vestida dejábase comprender que pertenecia á otra clase distinta de la de aquella familia; apenas nos vió entrar exclamó: ¡Mi buen señor cura, Dios os envía, nuestra pobre Marta se encuentra hoy más decaida y ansía los dulces consuelos de la religion! El sacerdote dirigió frases de cariño á la enferma, y como se preparaba sin duda para oír su confesion, la bondadosa jóven se dispuso á marchar, no sin depositar antes un beso en la frente de la doliente; esta correspondió con una dulce mirada, y con voz muy conmovida la dijo: «No tardeis en volver, consuelo de esta casa, Dios os bendiga y os colme de tantas dichas como beneficios nos habeis hecho.» La jóven la imponia silencio, por evitar sin duda sus justos elogios, dictados por verdadera grátitud; pero los pequeñines se cojian á su vestido diciendo en coro: «no se vaya V., no se vaya V.:» los ojos de la interesante bienhechora estaban llenos de lágrimas. El buen sacerdote, aprovechando sin duda aquellos momentos, me llamó á un lado, y apretando mis manos entre las suyas me dijo: «esa jóven representa para esta familia el *ángel de la caridad*. ¡Habeis reparado sus lágrimas? son muy dulces; es el rocío benéfico que se desprende al practicar el bien; ¿se convence V. de lo que yo le decia poco hace?— ¡Padre mio! exclamé besando aquellas manos; ¿qué es el sufrimiento comparado con la dicha de consolarle? Desde hoy ayudaré á V. en sus tareas, y cuando despues de una accion buena sienta el llanto correr por mis mejillas, diré con toda la efusion de mi alma:

¡Dulcísimas lágrimas, benditas seais!

LA CRUZ DEL CAZ.

Entre los hermosos alrededores del pueblo de M^{***}, ninguno era para mí tan pintoresco como cierto camino sombreado por dos hileras de gigantescos olmos, que hacían de él en las tardes estivales un agradable sitio de paseo, si bien algo melancólico para los que no gustan de la soledad apacible de los campos. Por fortuna, no todos los habitantes de M^{***} participaban de mi opinión, y mientras yo con un libro, que nunca abría, bajo el brazo, y el ánimo libre para volar á su antojo por los mundos imaginarios, gozaba á mis anchas por aquellas soledades, las familias acomodadas se esparcían como un aluvión por las eras del pueblo, y era de ver el afán con que las señoritas trillaban, muy al gusto de los labriegos, que en tanto empuñaban la bota á la sombra, sucediendo que, inexpertas en conducir las yuntas, no pocas veces rodaban las muchachas por la parva, de la que se levantaban llenas de pajas, con gran contento de los galanes, que á mandíbula batiente se reían. En otras ocasiones, caían sobre las huertas las alegres turbas, y ellas y ellos á porfía se entregaban con fruición á las faenas campestres, lavando las hortalizas en las charcas ó amasando en las artesas la comida de los berracos. Ajeno á estos bucólicos placeres, yo sólo visitaba la calle de olmos. Unas tardes llegaba hasta el final del paseo, donde se alzaba suntuoso palacio señorial, por milagro y contra las costumbres rurales, no objeto de leyendas sin número, sí que sencillamente propiedad de un título residente en la corte. Otras veces dirigía mis pasos por la izquierda de la calle, me internaba en espeso monte bajo, poblado de carrascas, fresnos, robles y pinos. En ocasiones, llegaba hasta la margen del río (cuyo nombre no hace al caso), que bordado en ambas orillas de añosos álamos, corre á un cuarto de legua de la población. Por lo general, en estas excursiones servíame de itinerario el tortuoso canal, el Caz, como en el país le llaman, que, arrancando del río, surte de agua á la villa de M^{***}.

Una tarde regresaba de mi excursion favorita, siguiendo la orilla del Caz, cuando me sorprendió un espectáculo nuevo, y eso que con tanta frecuencia y detenimiento visitara yo cotidianamente tales sitios. No era otra cosa la que mi curiosidad excitara, que una cruz de madera, ceñida en su pié por limos y juncos, y que, besada por las ondas, parecia surgir del seno mismo del agua. Conociáse que la cruz llevaba algunos años vecina del Caz, pues casi estaba destruida por la humedad y el tiempo. Motivo era este suficiente para hacerme forjar en mi imaginacion cuentos á destajo; forjándolos suguí mi caminata, y forjados á mi capricho más de uno, en cuanto aquella noche avisté al maestro de escuela de M^{...}, amigo mio, me fuí derecho al asunto y exigí que me refiriese el suceso que motivara la cruz que yo habia visto enclavada orilla del Caz.

Providencialmente, dí, como suele decirse, con el dedo en la llaga, y el maestro me contó lo que yo no esperaba, su historia, que era ni más ni ménos que la de la cruz, y ambas como sigue:

I.

«Veinte años atrás era M^{...} un pueblecito que por su insignificancia no habia merecido aún los honores de que su nombre se estampase en el mapa de España; pero el lugarejo existia, á pesar de la soledad y aislamiento que le rodeaban, y hasta creemos que sin importarle un ardite tal descortesía por parte del ramo estadístico-topográfico. Un centenar de malas casuchas constituian la poblacion, en las que se albergaban las familias de los labradores, forzados por su destino á vivir en aquellos andurriales aislados del resto del mundo. Con estas condiciones, no es de extrañar que la villa careciera de médico, á quien en casos de apuro era preciso ir á buscar á otro lugarejo, distante de M^{...} dos horas y media; que no tuviera más cura que uno, que, desde Dios sabe dónde, venia al lugar á decir misa todos los domingos, y que por toda botica contaran los honrados vecinos del pueblo con cuatro hierbas y ocho potingues, amen de varios tarros de jaropes, en el comun sentir de los maliciosos, compuestos con agua de pozo y azúcar. Por no sé qué milagro, estaba dotado el villorrio de humilde capilla, que abajo no se venia por consideraciones del viento, que la respetaba. Y, sin embargo, M^{...} dábbase tono muy ufano, porque contaba con una institucion

notable: la escuela, y con un hombre importante: el maestro. Centro de tanta monta en lugar de tan pocas pretensiones, no dejara de ser acontecimiento digno de tenerse en cuenta, si la escuela hubiera respondido á los fines para que se crearon en el mundo y el maestro hubiera sido capaz de enseñar algo que para el día de mañana aprovechase. Pero ni la una ni el otro picaban tan alto en M^{...}, y la escuela se contentaba con albergar á los chicos para que dejasen en paz á sus padres, y el maestro se daba por muy satisfecho con que sus discípulos, aunque nada aprendiesen, le llamasen profesor á dos carrillos.

Un piso bajo de la casa municipal ocupaba la escuela, distribuida en habitaciones particulares del maestro, y sala de clase, en la que los muchachos habitaban durante las horas reglamentarias de clausura. Tres mesas de pino con tableros pupitres para la escritura, enlazados por travesaños á los asientos, eran los muebles de más viso en aquel recinto sagrado de la enseñanza, y para eso, los tinteros de plomo casi habian perdido su forma en fuerza de abolladuras, las plumas de ave poco menos se encontraban que peladas, y bancos y mesas parecian á primera vista de ébano, por las capas de seca tinta que les cubria. Varios carteles de combinaciones silábicas, hechas á mano por el maestro; un hule grasiento con humos de encerado sujeto con cuatro clavos en el tabique, un lienzo de fondo oscuro, en el que se destaca algo á manera de figura, que bajo palabra admitiremos como la imágen de la Virgen, amen de dos cuadros con las oraciones de entrada y salida, decoraban las paredes de la escuela. Presidíale, por último, el sillón de baqueta con el pelote del asiento escapándose por los girones de la tela, y la mesa de pino del dómine, en la que descansa siempre á manera de trofeos, enorme tintero de plomo, al que servia como de guarda polvos la salvadera de loza ordinaria puesta encima de aquel; verde cartera de badana depositaria del papel rayado para planas, y un vaso con agua en la que remojaban sus puntas, lácias plumas aun sin cortar los puntos. Rodaban además sobre la mesa el pañuelo de yerbas, la tabaquera de cuerno, las antiparras y otros adminículos que el dómine olvidaba todas las tardes para no tenerse que acordar de traerlos al abrir la clase por las mañanas.

Pero si característica era en verdad la escuela, no lo era menos su regente, seco y juanetudo, señor de rostro huesoso, en el que resaltaban á manera de tres colinas de una cordillera las narices y pómulos que allá en el fondo dejaban ocultos á los saltones ojos, brillantes como los del gato en la

oscuridad de una cueva. Aspero y abundante bigote de erizadas cerdas bordaba el lábio superior del pedagogo, como queriendo compensar tal prodigalidad, la escasez de cabello que se observaba en su limpio y reluciente cráneo, cada vez que el dómine se decidía á despojarse del indispensable y puntiagudo gorro de lana. En general el semblante del maestro era apacible y campechano, por más que para las ocasiones escondía su poquito de génio. La mirada era poco luminosa, pero viva é inquieta, retratando el carácter de su dueño, úrgalo todo y presto como el raton. En cuanto á la parte accidental, hasta cierto punto, de la persona del maestro, no dejaba de tener algo que mencionar. En el verano le encontrábamos siempre en mangas de camisa y materialmente perdidas las piernas en ámplio pantalon blanco de hilo, que el pobre señor compró en la capital de la provincia en tiempo de ferias. Durante el invierno vestia nuestro hombre de paño burdo y encajaba, á manera de refuerzo, cómoda sotana de negro raído paño.

Porque el maestro abarcaba en sí más de una ocupacion y desempeñaba á la vez varios destinos de trascendental importancia. El dómine, como persona *leida*, hacia en el Ayuntamiento de secretario y él, más que el alcalde, se puede decir que manejaba el gobierno del pueblo. Con lucimiento y contento de todos, ayudaba en calidad de sacristan al cura que venia á decir misa los dias festivos, y el maestro confeccionaba las hostias, guardaba la cera, preparaba el incensario y tocaba á misa. Otra de sus habilidades era la de albeitar, porque allá en sus mocedades fué herrador de un regimiento de caballería, y aun se acordaba el infeliz pedagogo, á pesar de sus años, del modo de curar los esparabanes, el muermo y los lamparones. Y solia suceder que en casos de mucho aprieto, como el médico vivia lejos, los vecinos que caian enfermos se entregaban confiados en manos del dómine enciclopédico. Ultimamente, hacia de memorialista y servia de amanuense á mozas y mozos, escribiéndoles y leyéndoles las cartas que entre ellos se cruzaban y que el escribiente procuraba alargar cuanto podia para que más le produjesen. Por estos y otros servicios, aquellas sencillas familias de labradores, veneraban á su maestro y aunque le pagaban tarde mal y nunca, no se olvidaban de enviarle las primeras patatas y garbanzos que se arrancaban y los primeros embutidos que durante la matanza se hacían. Gracias á estas atenciones, iba el maestro saliendo de apuros como Dios le daba á entender; respecto á la subsistencia, que por lo que tocaba á la enseñanza no era materia capaz de quitar el sueño al pobre don

Epifanio, que así el maestro se llamaba. Mal sumar, restar, un poco de multiplicar, nada de dividir; leer de corrido, verdaderamente corriendo y sin sentido en los libros, y á tropezones en los manuscritos. Estas eran las habilidades que don Epifanio enseñaba y esta la suma de conocimientos que sus veintitantos discípulos aprendían en fuerza de palmetazos y azotainas.

Pero si corto de alcances, no tenía precio el corazón del honrado pedagogo, que en la miseria ó poco menos enseñaba gratis á cuatro ó seis chicos, y nunca reclamaba los honorarios, así le hicieran falta. Jamás maltrataba brutalmente á los muchachos, si bien les atemorizaba con el gesto, y aunque en tiempo de canícula no suele haber clases por las tardes, él consentía en tenerla privándose de la siesta, con tal de que descansasen los vecinos que de comer le daban, en tanto los chicos permanecían en la escuela. Solo de una cosa se quejaba el dómíne, de la soledad, y la Providencia vino á darle un compañero que estaba muy lejos de aguardar don Epifanio.

ALFONSO G. DE NIEVA.

(Se continuará.)

La Voz de la Mancha, de Ciudad-Real dice:

«Nuestros lectores creerán que ha sido relegado al olvido el laudable pensamiento enunciado por el Sr. Rivas Moreno, de crear en esta capital una Caja de Ahorros y Monte de Piedad, pues hace ya muchos meses que nadie ha vuelto á ocuparse de tan importante asunto.

»Sin embargo, nuestro amigo que tiene la virtud de la constancia, continúa sus trabajos con un empeño digno de mejor resultado, y hace pocos días conferenció con el Sr. Gobernador y el Sr. Obispo-Prior, á fin de interesarlos en la realización del proyecto antes indicado.

»El Sr. Rivas Moreno salió de dichas conferencias altamente complacido, pues lo mismo el Ilmo. Sr. Cascajares, que el Sr. Ribot, se ofrecieron á poner de su parte todo lo posible para que la Caja de Ahorros y el Monte de Piedad sean un hecho en el más corto plazo.

»Sabemos que el Ilmo. Sr. Cascajares ha pedido ya estatutos á Zaragoza de la Caja de Ahorros allí fundada por la Sociedad de Amigos del País de que fué Censor, con el fin de tenerlos á la vista cuando se confeccionen los que deben regir.
